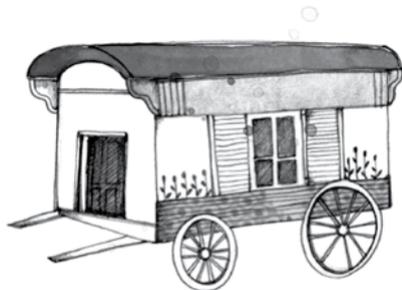


La Isla de los Vientos prohibidos

Helen Velando

loqueleg

Navegando sobre el mar erizado



9

Cuando Alendur el Grande llegó aquel primer día del mes a las orillas del océano y detuvo su carromato frente a la balsa que los cruzaría hasta la Isla de los Vientos, tuvo una inconfundible sensación: sabía que había olvidado algo. Esa no era una razón para preocuparse ya que siempre se le olvidaban cosas, por ejemplo, el rumbo. Afortunadamente, sus dos fieles y hermosos caballos eran quienes sabían a dónde debía dirigirse. Si no fuera por ellos, en más de una oportunidad, en lugar de cruzar las rutas hacia los pueblos costeros cada cinco años o remontar los caseríos a las orillas del río del Azafrán, hubiese vuelto a las montañas un mes después de haber estado con su carromato lleno de mercancías, o se hubiese dispuesto a atravesar las ardientes arenas del desierto de Asis Badam.

Sí, aquellos animales tenían la costumbre de recordar las rutas que él olvidaba y de seguir las huellas que ellos

mismos dejaban con sus cascos, una y otra vez, para que el mercader no dejara de visitar los innumerables pueblos que esperaban su llegada. El carromato del mercachifle iba anunciando su arribo con sonidos inconfundibles de ollas, cacerolas y sartenes que colgaban de las vigas de madera. El armazón de la carreta estaba cubierto con una lona blanca, algo ajada por el tiempo y manchada por los insectos, y dentro era como una cueva donde se podía encontrar todo tipo de mercancías: frascos que contenían elixires diversos, ungüentos aromáticos, finas piezas de seda y otras telas, piedras de sal rosada, y cientos de artículos que dormían dentro de un arcón. Allí tenía también su catre y sus pertenencias; él era un viajero incansable.

Al ver asomar su carromato por las callejuelas de un pueblo con la leyenda pintada a los costados:

ALENDUR EL GRANDE
MERCANCÍAS DE AQUÍ Y DE ALLÁ Y TODO LO QUE USTED
PUEDA IMAGINAR

los niños y los perros salían primero a su encuentro y lo rodeaban, admirando a sus caballos y a la figura enorme, de piel oscura como el ébano, que iba sentada en el pescante. Aquel imponente hombre, que había nacido cerca de las arenas del desierto de Asis Badam, medía como dos metros de altura, tenía el cabello largo y lo peinaba con trenzas que terminaban en cuentas de colores; vestía una túnica rayada blanca y roja larga hasta los pies y, contrastando con la piel oscura, sus dientes blancos relucían cuando sonreía sosteniendo las riendas.

Pero aquella tarde, cuando sus caballos subieron el carromato a la balsa y esta empezó a navegar sobre un mar verdoso erizado de olas de crestas espumosas, el mercader volvió a sentirse confundido. Había olvidado algo importante.

La Isla de los Vientos se alzaba frente a él, y a medida que la balsa se aproximaba, la imagen de aquel lugar asolado por los vientos le estrujó el corazón. Las barrancas de arcilla y piedra bordeaban la isla, un alto cerro se alzaba en el extremo norte y la pendiente terminaba en una playa con una punta pedregosa y un solitario muelle de maderas muy antiguas en donde se podía atracar.

Las peligrosas aguas que rodeaban la extensión de tierra fértil hacían que sus pobladores raramente pudiesen salir de allí por sus propios medios. En más de una ocasión, quienes lo habían intentado –construyendo una barca o flotando aferrados a un tronco– habían naufragado debido a las intensas corrientes. Así entonces, la balsa que cruzaba una vez al mes era el único medio para abandonar la isla. Cualquiera podría pensar que era absurdo que solamente se cruzara el estrecho entre el continente y la isla una vez al mes, pero los lugareños conocían muy bien los motivos: las corrientes iban hacia la isla solo durante el primer día del mes y al siguiente día volvían hacia el continente.

Aunque el abuelo del balsero, un hombre de mar gran conocedor de las corrientes y de los flujos marinos, intentó en más de una oportunidad navegar con las corrientes adversas, siempre terminó alejado de la isla y con la balsa casi deshecha. El padre del balsero también lo intentó

una vez y destrozó su embarcación. Lo encontraron dos días después aferrado a las rocas próximas al faro, a pocas millas del lugar. Así que, desde hacía ya mucho tiempo nadie intentaba ir en contra de la corriente.

12 El primer día del mes, el balsero tiraba al mar un puñado de resaca y observaba atentamente el rumbo que tomaba. Si era arrastrada mar adentro, hacía sonar la campana que estaba en lo alto de un poste y los viajeros se aproximaban con sus equipajes como atraídos por un sonido mágico. Por eso aquella tarde, cuando Alendur subió su carromato a la balsa, los pocos viajeros que aguardaban en la playa se subieron presurosos. Tuvieron que aferrarse a los troncos y apretujar los bultos contra las ruedas del carretón y las patas de los caballos porque no había mucho espacio; pero no iban a perderse la oportunidad de cruzar, aunque caerse en las terribles aguas del estrecho los hiciera temblar de miedo.

Ese día la resaca recién se había adentrado con la corriente en las primeras horas de la tarde y el cruce se había demorado más de lo habitual. El inmenso mercader observaba sentado en el pescante cómo las dimensiones de la isla eran cada vez mayores. El pico del Norte, el punto más alto de la isla, cubierto de nubes grisáceas y blancas, se veía amenazador. Alendur comenzó a divisar movimiento en el muelle, diminutas formas que iban y venían; también sus ojos grandes y oscuros descubrieron a lo lejos, entre los verdes campos, el humo de las chimeneas, los techos azulados de las casas y las rojizas callejuelas que subían culebreando hacia el cerro. La travesía era muy lenta y

duraba un par de horas. Recién con las primeras luces encendiéndose en los hogares llegaron al muelle.

Alendur continuaba inmóvil tratando en vano de saber qué era lo que había olvidado. De pronto, como si una luciérnaga rompiera el encantamiento de la más oscura de las noches, recordó la pregunta: ¿a qué venía a la Isla de los Vientos?

El carromato fue lo último en descender. Primero bajaron los pasajeros arreando tres mulas, una vaca, una pareja de iguanas y una gallina ponedora. Cuando el muelle había quedado casi vacío, los caballos posaron sus cascos en las antiguas maderas y las ruedas traquetearon llevando al mercachifle.

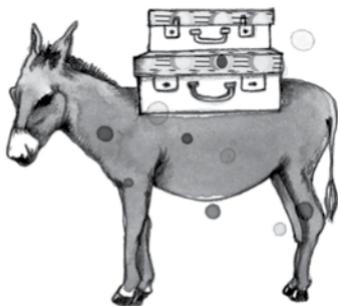
A poco de avanzar por la punta pedregosa, recordó una de las razones por las cuales había venido:

–¡Cuerdas! ¡Traigo muchísimos metros de cuerda!

La felicidad invadió el rostro del hombre y las largas trenzas rematadas en cuentas de colores se movieron junto a su cabeza, a un lado y a otro.

Los dos caballos apenas relincharon y avanzaron por la calle principal; ya estaban acostumbrados a tales expresiones por parte de su dueño. El mercachifle continuaba sumido en sus pensamientos. Tenía la sensación de que había otro motivo... sin embargo, no lo recordaba claramente. De repente supo que le había sido encomendada una misión; no sabía cuál era, pero tenía la certeza de que estaba relacionada con los vientos prohibidos.

Ventarrón Vendavales



14

La mula que llevaba a Hilario avanzaba lentamente por la callejuela empinada. La mirada del hombre de pelo desgredado y larga barba no podía dejar de posarse ora aquí, ora allá, absorbiendo los recuerdos de las paredes, de los balcones con enredaderas colgantes, de los techos y hasta de las piedras rojizas del suelo. Habían pasado largos años desde la última vez que los había visto, y toda aquella nostalgia mojada que se le había acumulado en el corazón subía por su garganta y se le escapaba ahora por los ojos en forma de humedad, cuando contemplaba los lugares conocidos en donde un día fue feliz.

Hizo un alto, sacó un pañuelo de percal del bolsillo de su abrigo y se sonó tres veces la nariz, alertando a dos perros que ladraron inquietos. Luego taloneó a su mula y dobló por la calleja que llevaba al cementerio. A mitad de camino se hallaba el lugar que volvía cada noche en sus sueños.

El aroma inconfundible del viento nocturno trajo el salitre en el aire y el frío se transformó en una pesada neblina que invadió todas las calles del pueblo. Las ventanas de las casas fueron cerrando sus postigos y las chimeneas ardieron con boñiga de animales y matas de zarzo. Es que la leña era muy escasa en la isla ya que apenas había unos pocos árboles. Las maderas y los troncos que arrastraban las corrientes luego de las marejadas del invierno quedaban en la playa como náufragos, y eran rescatados por los pobladores y usados para construir establos o graneros e incluso para reparar sus casas de arcilla y piedra.

15

Aquel aroma inconfundible le hizo aspirar hondo a Hilario y esbozar una tímida sonrisa. Era la primera sonrisa en más de diez años y eso podía considerarse un pequeño milagro, un milagro que solo aquel lugar asolado por los vientos podía lograr.

La tarde en que nació su hijo, doña Inés mandó a su marido a cerrar todas las ventanas porque se aproximaba una tormenta. Las nubes grises y moradas que cubrían el pico del Norte giraban formando remolinos a un lado y al otro y esa era una advertencia muy clara de que se aproximaban vientos incontenibles. A pesar de que los postigos tenían trabas de madera, la tormenta estalló y un terrible viento entró por la chimenea. Las trabas cedieron y los postigos se abrieron de par en par en el preciso instante

en que doña Inés daba a luz a su primer hijo. Le pusieron por nombre Ventarrón.

La familia Vendavales vivía en una alta casa de piedra de más de dos pisos, en la calleja que llevaba al cementerio. Se trataba de pobladores muy antiguos de la isla, comerciaban con peces y tortugas marinas, y eran tristemente conocidos por su tono de voz atronador y su mal carácter.

16 Ventarrón fue su único hijo y creció siendo un niño algo ermitaño. Su voz parecía sonar como una tormenta y los demás niños huían de él por temor. Intentó susurrar miles de veces pero no lo conseguía. Cada mañana, cuando los Vendavales desayunaban, se escuchaban sus voces desde la calle como si los diálogos más simples fuesen una acalorada discusión.

–¿Alguien me podría pasar la leche?! –vociferaba el padre.

–¡¿Más té de madre selvas?! –le gritaba la madre.

–¡¡¡Estos panecillos de jalea de rododendros están deliciosos, mamá!!! –atronaba el hijo.

–¡Gracias, hijo! Y ahora apúrate, que no tienes todo el día para llegar a la escuela –exclamaba la madre haciendo temblar las tazas.

Por esta pesada herencia familiar, Ventarrón Vendavales detestaba ir a la escuela. Sentía que todos sus compañeros le tenían miedo y también la maestra, que en más de una oportunidad saltó sobre el escritorio cuando el niño la llamó mientras ella estaba distraída, de espaldas. Por estos inconvenientes con la modulación de su voz, Ventarrón se volvió cada día más silencioso y distante, y no era muy

afecto a jugar con otros niños, ni que decir de las niñas, las cuales no dejaban de mirarlo como a un bicho raro. Sus modales un tanto hostiles, según juzgaba el resto, lo llevaron a aislarse y así llegó a su adolescencia casi sin siquiera percatarse de ello. Sus pasatiempos favoritos eran la pesca de tortugas y de peces, lo que lo hacía a menudo pasar varios días lejos de su casa, en la costa oeste de la isla, tirando y recogiendo redes y durmiendo bajo las estrellas, acunado por los vientos continuos de la isla. Súbitamente, todo eso cambió la tarde en que conoció a Hilarina Bustamante.

17

La joven muchacha se había mudado a la isla desde hacía varios años, sin embargo Ventarrón nunca la había visto ni de lejos, porque rara vez se adentraba en el pueblo y cuando lo hacía evitaba observar a la gente y mucho menos a las mujeres, las que a decir verdad le causaban pánico. Esa tarde, mientras remendaba una red con largas hilachas de enredaderas, Hilarina se acercó y lo tomó por sorpresa.

—¿Podrías decirme cómo regresar al pueblo? Creo que me he perdido.

Al levantar la vista, el rostro pálido y sereno de Hilarina le causó un temblor en todo el cuerpo, un temblor que Ventarrón Vendavales no había sentido nunca en su vida. Fue como si aquella tormenta que se desató cuando nació entrara por los postigos cerrados de su corazón, y al igual que el día de su nacimiento, las trabas de madera cedieran y un viento incontenible derribara todos sus temores.

–¡Sí, por supuesto! ¡Puedo indicarte el camino! –exclamó con voz atronadora.

Lejos de asustarse, Hilarina esbozó una sonrisa y le tendió la mano. Ventarrón soltó la red como si le quemara las manos y estrechó la delicada mano de la joven. Fue un amor casi instantáneo el que surgió entre ambos y un año después se casaron.

18 Los padres de Ventarrón le dejaron el negocio y se retiraron a vivir al campo, en donde continuaron espantando a las gallinas con sus voces.

Hilarina colocó maceteros con flores y enredaderas colgantes en las ventanas del segundo piso y cantaba canciones antiguas que endulzaban los oídos de su marido. Ventarrón se sentía el hombre más dichoso de toda la Isla de los Vientos. A pesar de que cuando hablaba todavía parecía que algo estaba a punto de estallar, sus vecinos se habían ido acostumbrando a su tono y ya no lo consideraban un hombre tan hostil pues también había mejorado su carácter.

Una tarde, Hilarina regresó del centro con el rostro sonrojado y lo llamó desde el patio central, que tenía una hermosa fuente:

–¡Ventarrón! Creo que tendré que enseñarte a susurrar... el próximo invierno tendremos un hijo.

–¡¿Qué?! –atronó el marido y se cayeron varios de los maceteros con malvones del segundo piso.

Tuvieron tres hijos. La primera en nacer fue Ventisca y la segunda fue Brisa. El padre eligió el nombre de las niñas.

Sin embargo, cuando nació su tercer hijo el nombre lo eligió su esposa y decidió llamarlo como su abuelo: Hilario.

Habían pasado casi treinta años desde ese día y ahora Hilario Vendavales había regresado a la Isla de los Vientos después de diez años, a pesar de haberse jurado no regresar jamás.